

Capítulo 29

¿EN QUÉ SE DIFERENCIAN HOMBRES Y MUJERES? ROLES Y ESTEREOTIPOS SEXUALES

Carmelo Vázquez

¿Hay diferencias reales entre hombres y mujeres? Y en caso de existir, ¿en qué se basan? ¿En aspectos biológicos determinantes o más bien en tradiciones culturales contingentes? Para estas preguntas fascinantes se han dado respuestas bastante desalentadoras.

Los datos contrastados científicamente (Baker, 1987; Deaux, 1985; Feingold, 1988; Halpern, 1986; Lewontin, Rose y Kamin, 1987; Nicholson, 1987) revelan que si bien existen algunas diferencias manifiestas entre hombres y mujeres (véase la tabla 1), son mucho más evidentes las similitudes que las diferencias a veces pretendidas¹. Y, lo que aún es más importante, si revisamos el contenido de esa tabla, en contra de los estereotipos y prejuicios seculares, las diferencias observadas (en capacidad física, rendimiento académico, etc.) favorecen a veces a los hombres y a veces a las **mujeres**².

Estereotipos sexuales

Los estereotipos son ideas simplificadoras, y por tanto falsas, de las características definitorias de algún grupo de personas.

Los **estereotipos sexuales** o de género son muy fuertes. A las mujeres se las considera amables, ilógicas, nerviosas o «histéricas» ante situaciones de alta tensión, caprichosas y volubles, y depen-

Durante siglos ha habido intentos por «satanizar» las capacidades intelectuales e incluso morales de las mujeres (no olvidemos que la Eva bíblica es un interesante prototipo cultural de «mujer fatal»). Estos intentos han tenido incluso el respaldo de pseudocientíficos que intentaron demostrar la inferioridad mental y física de las mujeres, como ha expuesto brillantemente S. J. Gould (1986).

¹ Es verdad que los hombres son más fuertes muscularmente que las mujeres. Pero, por poner un ejemplo accesible, la mujer más rápida del mundo en los 100 metros lisos es más rápida que el 99,99 por 100 de los hombres en esa misma distancia.

² Posiblemente una de las diferencias más consistentes hace referencia a la **velocidad** del desarrollo. Hasta la adolescencia el desarrollo general de las mujeres es más precoz que el de los hombres (Cohn, 1991).



ALGUNOS MITOS SOBRE LAS DIFERENCIAS SEXUALES:

- Los hombres son biológicamente superiores a las mujeres
- Los hombres son más visuales y las mujeres más auditivas.
- Los hombres son mejores en tareas creativas, y las mujeres son mejores en tareas rutinarias.
- Los hombres son menos sociales que las mujeres.
- Las mujeres son más sugestionables o influenciables por opiniones ajenas.
- Las mujeres son más ansiosas, tímidas y amables que los hombres.
- Las mujeres tienen menos capacidad sexual que los hombres.
- Las mujeres tienen peor autoestima que los hombres.

HAY DIFERENCIAS REALES EN...

- **Tamaño.** Los hombres tienen más peso y altura.
- **Musculatura.** Los hombres tienen un mayor porcentaje de masa muscular respecto al peso total.
- **Capacidad física, motora y sensorial.** Las niñas están más desarrolladas neurológicamente al nacer. Los niños son más vulnerables a casi cualquier tipo de enfermedad (genética o no), malnutrición, etc.
- **Desarrollo afectivo.** Los hombres son más agresivos incluso en juego social temprano. Las mujeres obedecen mejor las indicaciones de los padres incluso a partir de una edad tan temprana como los 2 años de edad.
- **Problemas psicológicos evolutivos.** Los niños tienen más problemas escolares, más dificultades de lectura y escritura (dislexias), lenguaje y trastornos emocionales.

Tabla 1. Diferencias inexistentes, reales y probables sobre las capacidades y conductas de hombres y mujeres.

ESTEREOTIPOS SEXUALES ATRIBUIDOS TÍPICAMENTE A LOS HOMBRES

1. **Antifemineidad.** Los hombres nunca deben actuar de un modo que parezcan ser femeninos. Este imperativo empobrece obviamente los roles, emociones y experiencias que los hombres experimentan.
2. **Éxito.** Los hombres deben ser competitivos. El éxito material es una medida de «hombria».
3. **Agresividad.** Se espera que los hombres luchen por lo que consideran justo o conveniente. El uso de métodos violentos o de la fuerza física para resolver conflictos se considera más masculino que el uso de otros métodos.
4. **Sexualidad.** La conquista sexual es un signo de hombría. Se espera que los hombres sean los que inicien la actividad sexual en todos sus niveles (desde el cortejo al coito).
5. **Autoconfianza.** Los hombres han de ser fuertes, fríos, decididos y tener control de cualquier situación y en cualquier momento.

Tabla 2. Estereotipos sexuales atribuidos típicamente a los hombres. (Basado en Doyle, 1985).

dientes de los demás. Por el contrario, a los hombres se les considera activos, seguros de sí mismos, competitivos, independientes y dominantes. Estos estereotipos son comunes a prácticamente todas las culturas (Vázquez y Ochoa, 1992). Los estereotipos son reflejo de una cierta pereza mental. Es verdad que un estereotipo ayuda a «comprender» la realidad, pues la simplifica, pero esta simplificación puede llegar a ser una caricatura.

Los estereotipos no son una curiosa anécdota. Sobre algunos grupos sociales desfavorecidos pesan estereotipos muy limitadores. Las mujeres son un claro ejemplo de esto. Los papeles sociales que estereotipadamente se consideran «propios» de las mujeres han sido básicamente dos: **ser madres y esposas**. Por el contrario, los estereotipos de los varones, sean roles mejores o peores, al menos les han permitido más **variabilidad**. Las mujeres han estado (y aún están) mucho más encorsetadas que los hombres (tabla 2). Se les permite un espectro de comportamientos y actividades sociales más limitado en buena medida debido a estos estereotipos. (¿Conoce usted mu-

Los estereotipos sexuales denotan perfectamente los prejuicios sociales existentes que se transmiten, y en cierto modo perpetúan, a través del lenguaje¹.

¹ El *Diccionario de la Real Academia* y los diccionarios de sinónimos al uso proporcionan algunos sinónimos aparentemente inofensivos, pero con una gran carga ideológica: «Masculino» = fuerte, robusto, potente, valiente. «Femenino» = débil, cariñoso, dócil, sumiso, delicado.



chas pilotos de avión?, ¿muchas generalas de ejército?, ¿muchas presidentas de gobierno?, ¿muchas taxistas?...). Aunque en las sociedades occidentales este panorama secular ha cambiado, en el mundo las mujeres son un grupo **excluido** de muchos roles y actividades.

Lo importante de los estereotipos no es sólo que reflejen creencias u opiniones extendidas, sino que las **alimentan**. Por ejemplo, la creencia extendida de que los hombres tienen más control emocional que las mujeres se convierte en una especie de obligado «dictum» de modo que en situaciones de alta emotividad (por ejemplo, una película lacrimógena), los hombres controlan firmemente la expresión de cualquier emoción delatora de **femineidad**.

Génesis de los estereotipos sexuales

Un estereotipo sexual crea expectativas diferentes para cada sexo, que finalmente se «confirman» porque ha habido un lento y sutil proceso de moldeamiento de las conductas consideradas **a priori** como apropiadas.

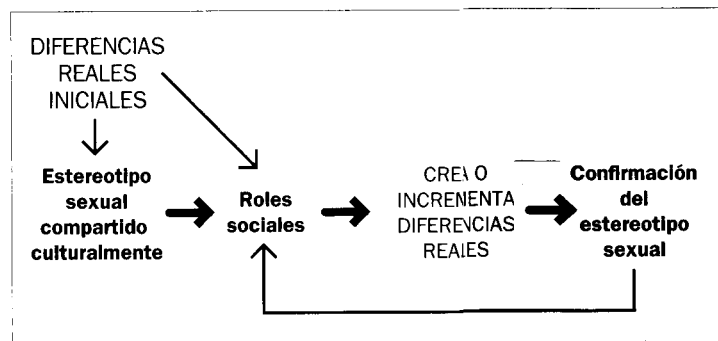


Figura 1. Génesis y mantenimiento de los estereotipos sexuales o de género.

De este modo, diferencias sexuales iniciales no muy relevantes, tengan una base biológica o no, pueden acabar acrecentándose. Este proceso de diferenciación sexual tiene muchas vías (Huston y Álvarez, 1990). La **escuela**, por ejemplo, es muy importante. Aunque las diferencias están decreciendo, tradicionalmente el rendimiento escolar en matemáticas es menor en chicas que en chicos. Ahora bien, el esquema que hemos presentado en la figura 1 puede ayudar a explicar estas diferencias. El conocimiento de este «dato» (que los chicos son mejores en matemáticas que las chicas) se convierte en un estereotipo, y los profesores, inconscientemente, actúan **en consecuencia**. Muchas investigaciones han demostrado que, **en efecto**, padres y profesores prestan más atención y dedicación a los niños con dificultades

en matemáticas que a las niñas (Vázquez y Ochoa, 1992; Moreno, 1992). Igualmente, las conductas independientes y de liderazgo son más recompensadas en los alumnos que en las alumnas. En este caso, el prejuicio que opera es el estereotipo de la sumisión («¡qué niña más modosita, qué rica!»).

Los **medios de comunicación** también participan de esta arteriosclerótica tenaza. Por ejemplo, en un estudio realizado por la Organización Nacional para las Mujeres (NAW) de Estados Unidos se ha comprobado que en la mayoría de los textos infantiles utilizados en los colegios las niñas son típicamente mostradas como asustadizas, sumisas, sin iniciativas y no muy inteligentes. Por el contrario, los niños son representados como personajes ambiciosos, valientes, fuertes, autónomos y decididos. Aún hoy es bastante difícil encontrar películas, libros infantiles, series de TV, en las que niños y niñas tengan papeles paritarios, semejantes, y menos aún productos en los que las niñas sean **protagonistas**. Por el contrario, reflejan las ideas preconcebidas, prejuicios y temores de los adultos que crean estos productos (Moreno, 1986; Subirats y Brullet, 1988).

La invisibilidad de las mujeres: educación y hábitos sexistas

Muchos prejuicios e ideas preconcebidas alimentan un comportamiento diferente hacia los niños y las niñas o hacia los hombres y las mujeres. Es posible que las niñas sean menos activas físicamente desde el nacimiento. Pero a esta «verdad» fisiológica se añade un modo de educación sexista: a las niñas se les pone con frecuencia faldas,

lo que limita mucho su actividad motora. (¿Cómo subirse a un árbol con faldas?) Así, una posible diferencia real inicial es potenciada y acrecentada por la educación. Lo que era al principio una ligera fisura puede convertirse, por vía de los prejuicios de los educadores, padres, compañeros, etc., en un abismo. Algunos excelentes trabajos realizados en nuestro país (Moreno, 1992; Subirats y Brullet, 1988) ponen claramente de manifiesto la existencia de latentes y permanentes sesgos sexistas en la educación de los pequeños y pequeñas.

El **lenguaje** también es sexista. El castellano es un elemento aglutinador y mantenedor de prejuicios sexistas al mantener una perspectiva androcéntrica sobre el mundo. La gramática castellana sostiene la **invisibilidad** de las mujeres. Cuando nos dirigimos a un grupo de varias niñas (o mujeres) y un niño (u hombre), utilizamos

Una investigación reciente ha contabilizado que en 9 de cada 10 productos «serios» que se anuncian en TV (coches, empresas, intereses bancarios, pólizas de seguro, etc.), la voz que se escucha de fondo es de un hombre. El mensaje implícito es claro y no necesita más comentarios.



Según datos de 1993, son hombres el 96 por 100 de los alcaldes españoles y el 86 por 100 de los diputados del Congreso. Parece que la política es una profesión masculina, mientras que otras actividades (por ejemplo, los cuidados del hogar o de otras personas) son más frecuentes en mujeres, aunque hay que reconocer que se está observando una tendencia histórica de cambio irreversible (véase la tabla 3).

sible, evitarlo consistentemente en que el lenguaje no sólo describe la realidad, sino que también ayuda a construirla.

Roles sexuales

Las mujeres y los hombres no sólo se diferencian por lo que supuestamente son o por sus distintos órganos sexuales, sino, sobre todo, por lo que **hacen**, es decir, por sus roles o papeles en su funcionamiento social. Las diferencias de género en este sentido son sorprendentes.

Precisamente el germen de la **discriminación sexual** consiste en que, **a pesar** de las semejanzas existentes y de ser jurídicamente iguales ante la ley, las mujeres ocupan posiciones sociales, ocupaciones laborales de inferior categoría que los hombres. Otro dato en esta misma línea indica que, también en 1993, el 67 por 100 de la población activa total en España es masculina (8.000.000 de trabajadores), mientras que sólo el 33 por 100 de la fuerza laboral es femenina (4.000.000 de trabajadoras).

Hacia el siglo XXI

En términos sociológicos, las mujeres, al menos en España, tenían dos retos pendientes. El primero era el de mejorar su **formación**, y el segundo el de su incorporación al mundo del **trabajo**. El primero está decididamente resuelto. La población de estudiantes, en todos los niveles (con la excepción de las carreras técnicas), se ha feminizado en nuestro país con un ritmo espectacular, y sólo Francia y Dinamarca presentan cifras algo mayores en cuanto al porcentaje de mujeres con formación universitaria.

El abismo entre formación y ocupación se hace ahora más evidente y trágico. Las mujeres, especialmente las jóvenes, están acadé-

siempre el género masculino. Aunque este uso discriminatorio evita una «ofensa» al sentido de masculinidad del niño, parece bastante humillante para el resto de sus compañeras. Cuando un niño/a aprende el lenguaje, inadvertidamente va asimilando que lo femenino es secundario o trivial. En cualquier caso, las hace invisibles (Messeguer, 1988). Hay que hacer un esfuerzo por ser conscientes de este sesgo y, en la medida de lo posible, evitarlo consistentemente en nuestro lenguaje. No olvidemos que el lenguaje no sólo describe la realidad, sino que también ayuda a construirla.

micamente más preparadas que los hombres, pero la tasa de actividad económica de las españolas es todavía la más baja de toda Europa (con excepción de Irlanda). Pero así mismo es cierto que cada vez se incorporan más mujeres jóvenes al mercado de trabajo y esta tendencia es imparable. Además, la mayor cualificación de las

Profesiones	1987-88	1989-90	1991-92
	%	%	%
Arquitectas e ingenieras	5	6	9
Directivas de empresas	6	8	9
Altos cargos Administración	8	11	13
Jefas servicio Administración	20	22	25
Matemáticas e informáticas	20	24	28
Economistas	20	23	30
Abogadas y juristas	20	26	30
Biólogas y agrónomas	35	36	37
Químicas, físicas, geólogas	26	30	38
Médicas y farmacéuticas	31	34	39
Funcionarias del Estado	30	34	42
Administrativas de empresa	49	52	56
Dependientes y vendedoras	54	56	57
Profesoras de enseñanza	57	59	60

Tabla 3. Proporción de mujeres activas sobre el total de personas activas.

mujeres también se está apreciando en sus niveles de ocupación.

Esta incorporación laboral está apoyada además por la enorme caída de fecundidad que se inició en España en 1975: de ser la más alta en toda Europa pasa a ser la más baja en sólo 10 años. Esta nueva situación de las mujeres en edad fértil ha liberado la tradicional carga familiar de las mujeres y ha facilitado la búsqueda de puestos de trabajo. La igualdad laboral va aún a contribuir más a la igualación de otros roles: cuidado de la casa, tiempo dedicado al ocio, etc., ahora desigualmente repartidos entre hombres y mujeres (Durán, 1992). Este va a ser uno de los cambios que va a transformar la realidad sociológica española (Riera y Valenciano, 1992). Muchos mitos y estereotipos que aún sobreviven van a extinguirse fatalmente con estas nuevas tendencias en la población. Queda muy poco para comprobarlo.

